

na *quien pelear legítimamente* (1). ¿No reparáis, dice un expositor sagrado—Cayetano,—cómo encarga el Apóstol que las obras buenas sean legítimas? ¿Luego hay obras buenas legítimas y otras que no lo son? Ciertamente, y la diferencia es evidente. En efecto: todas las obras son hijas del hombre, dice el real Profeta (2); pero hay obras buenas «legítimas», obras «naturales» y obras espúreas ó «bastardas». Obras buenas legítimas, son las que se hacen en estado de gracia y principalmente por Dios, á quien debemos dirigirnos siempre como único fin de todos nuestros actos. Obras naturales, son las que se hacen por motivos puramente naturales, v. gr., dar limosna por compasión natural. Y obras bastardas, son las que se hacen en pecado mortal, ó aunque se practiquen en gracia de Dios, pero se hacen con mal fin, grave ó leve, como socorrer á una persona necesitada con el fin de obligarla á ofender á Dios. Ahora bien: ¿tienen igual derecho á la herencia de la gloria todas estas obras? No; sólo las obras legítimas merecen la gloria eterna. Las naturales, si se dirigen á un fin sobrenatural, se hacen meritorias. Pero las obras bastardas, si lo son por el mal fin, son dignas de castigo; si lo son únicamente por estar en pecado mortal el que las hace, quedan privadas de recompensa eterna, aunque merecen algún premio temporal. Por tanto, para que nuestras obras sean meritorias de vida eterna, no basta que sean buenas en sí, ni que esté en gracia quien las hace, sino que se han de dirigir á Dios como á último fin. Así lo dicen San Gregorio, San León y otros Padres de la Iglesia.

¿Veis cuán fácilmente se pierde el mérito de las buenas obras? Por eso asegura San Francisco de Sales, que son muy contadas las obras buenas que se practican—aun por perso-

(1) II. Timoth., II, 5; I. Corinth., IX, 24.

(2) Psalm. XXVII, 4; Job, XXXIV, 11; Eccli., XV, 14.

nas que pasan por devotas—que sean agradables á su divina Majestad. Hay muchos enemigos ocultos en el camino, dice San Gregorio (1), y muchos motivos que nos desvían del amor de Dios, á quien deben dirigirse todas nuestras obras; por ejemplo, la simpatía, el deseo de agradar á otros, el interés ó utilidad que puede producir la buena obra, la complacencia que se experimenta en la ejecución de la misma, etc.; todos estos motivos ó alguno de ellos pueden usurparnos el mérito que podríamos adquirir, si obrásemos con recta y pura intención. Aun las obras indiferentes, esto es, aquellas que de suyo ni son buenas ni malas, como pasear, comer, trabajar, etc., menester es, para que sean gratas á Dios, que se enderecen á su Majestad, realizándolas con la pura intención de agradarle y proponiendo en ellas algún fin honesto, porque si éste llega á faltar, ocioso é inútil será cuanto se haga. De manera, que si salís á dar un paseo, debéis hacerlo con el fin de procurar al cuerpo algún descanso y dedicaros después con nuevo fervor á la virtud; si os ponéis á trabajar, sea con el fin de que redunde en mayor gloria de Dios y por cumplir su adorable voluntad (2); cuando os sentéis para comer, no habéis de hacerlo por satisfacer el gusto y la sensualidad, sino para tomar el alimento que necesitáis á fin de reparar vuestras fuerzas y servir mejor á Dios; y así de las demás obras indiferentes. Esto mismo nos aconseja San Pablo en su primera carta á los fieles de Corinto (3). Y está muy puesto en razón, porque así como el labrador que planta un árbol tiene derecho á sus frutos, así Dios que nos crió tiene tanto más derecho sobre nosotros cuanto más hizo en nosotros. *Hechura somos de sus manos* (4); nos sacó de la

(1) Homil. II, in Evang.

(2) Génes., III, 19; II. Timoth., II, 3.

(3) I. Corinth., X, 31; Coloss., III, 17; Tobíaz, XIII, 6.

(4) Génes., V, 1; Psal. XCIX, 3; Eccli., XVII, 1; Ephes., II, 10

nada, y nos ha redimido con su sangre (1), y ha dado la vida por nosotros, y nos asiste con su gracia, y nos vivifica con su amor (2), y alimenta y robustece nuestro espíritu con su Sacratísimo Cuerpo (3), y nos defiende de nuestros enemigos con su misericordia y providencia (4). Por ello es muy justo y equitativo que nosotros trabajemos y demos fruto para Él; que nuestros pensamientos, palabras, obras é intenciones se dirijan á Dios, que es nuestro principio y último fin (5). La cuenta y rigor con que su Majestad quiere coger estos frutos de nuestras obras, nos la declara elocuentemente en su Evangelio, cuando llegándose á coger higos de aquella higuera en tiempo que no lo era de ellos, con todo eso la maldijo y ella se secó luego (6). Lo cual fué una imagen de lo que pasa en los hombres, de los cuales quiere su Majestad fruto con más rigor que un labrador del árbol que planta; porque el labrador se contenta con coger sus frutos en un tiempo del año, mas Dios los quiere en todos tiempos.

Práctica. Ahora bien, hermanas mías: cuando Jesucristo, *Juez de vivos y muertos* (7), examine nuestras obras; cuando á vosotras y á mí nos pregunte por qué las hicimos y á quién miramos en ellas, ¿qué responderemos? Porque es de fe que han de sujetarse á rigoroso juicio todas nuestras obras, aun las buenas y santas (8); y ¿quién sabe si, como escribió el Evangelista San Mateo, al examinar Jesucristo nuestras obras buenas, nuestros ayunos y penitencias, nuestras obras de caridad y beneficencia y demás prácticas de religión y de piedad, nos echará en cara la sentencia que

(1) Rom., V, 9; I. Corinth., VI, 20; I. Pet., I, 18.

(2) I. Timoth., VI, 13; Psal. CXXXVII, 7.

(3) Psal. LXXVII, 24; Psal. LXXX, 17.

(4) Exod., XXIII, 22; Psal. CXXXV, 24.

(5) Apocal., XXII, 13; Joann., VIII, 25.

(6) Matth., XXI, 19; Marc., XI, 13.

(7) Act., X, 42.

(8) Psal. LXXIV, 3; Matth., XII, 36.

fulminó contra los fariseos: *En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa?* (1). ¿Sabéis por qué? Porque en todas sus obras se buscaban á sí mismos, pues las hacían por vanidad, por ser alabados y aplaudidos de los hombres, por ganarse la estimación de las gentes. Y así, ¿visitas ó asistes al enfermo porque te ves obligada á ello, ó te compadeces de él por sentimiento natural ú otro miramiento humano? Pues eso no es servir á Jesucristo en la persona del enfermo; eso es cumplir materialmente con la obediencia; eso es practicar un acto natural de humanidad, un acto de filantropía reducido á prestar un servicio humano; esa obra es bastarda, sin mérito y sin premio... ¿Asistes á la oración, examen, lectura espiritual y demás actos de comunidad por costumbre, como llevada por la corriente, movida más por la necesidad que por el deseo de agradar á Dios y aprovechar á tu alma? Eso no es virtud, sino obra bastarda, y por tanto, abominable á los ojos de Dios, el cual *maldice á los que practican con negligencia las obras de su servicio* (2). Cuando rezas privadamente tus devociones ó lo que tienes prescrito por la Regla, ¿lo haces con decaimiento de ánimo, ó arrebatadamente, ó voluntariamente distraída? Pues tales obras no las aprobará Dios, en cuyo tribunal se atiende más bien al peso de las obras que al número de las mismas; pues, como dice San Francisco de Sales, «no es la multitud de actos buenos lo que nos hace adelantar en la perfección, sino el fervor y la pureza de intención con que se ejecutan» (3).

No obstante, hermanas mías, esto no es decir que no hemos de sentir tentaciones de vanagloria en la práctica de nuestras buenas obras, que tentados lo seremos hasta la muerte y de mil maneras. Jesucristo, Nuestro Maestro, tam-

(1) Matth., VI, 2.

(2) Jerem., XLVIII, 10.

(3) Amor de Dios, lib. XII, cap. 6.

bién quiso ser tentado, y *tentación es la vida del hombre sobre la tierra* (1), y si no fuéramos tentados, tampoco podríamos ejercitarnos en las virtudes, ni crecer en ellas, ni adquirir méritos para el cielo. Pero no debemos desmayar por ello, ni mucho menos dejar de hacer obras buenas por temor de la vanagloria, que sería ese engaño grande del enemigo. Lo que debemos hacer cuando nos veamos tentados por ella, es lo que se lee que hizo San Bernardo. Estaba el santo predicando en una ocasión, cuando de repente le saltó una tentación, un pensamiento de vanagloria que le decía: «¡Oh qué bien lo haces, Bernardo, qué bien predicas!, ¡cuánto gustan á los fieles tus sermones!» Pero él respondió con mucha serenidad: «Ni por ti lo comencé, ni por ti lo dejaré», y se disipó la tentación. Dice San Juan Crisóstomo, que nos habemos de portar con el mundo como un padre con su hijo pequeño, que si el niño le alaba, no hace caso de ello, y si le vitupera poniéndole nombres afrentosos, tampoco, antes se ríe, porque es niño y no sabe lo que hace ni lo que dice; así nosotros no hemos de hacer caso de las alabanzas del mundo, ni del qué dirán, porque en eso el mundo es como niño que no sabe lo que dice. Nuestro fin, nuestro norte ha de ser siempre Dios, su mayor honra y gloria, el cumplimiento de su santísima voluntad. Si obramos siempre de esta suerte, aun las obras más pequeñas nos procurarán *un peso inmenso de gloria* en la otra vida (2).

Buena prueba de ello tenemos en la ofrenda de aquella pobre viuda de que nos habla el Evangelio (3). Hallábase nuestro divino Salvador sentado en el atrio del templo de Jerusalén, junto al cepillo ó arca de las ofrendas, viendo cómo las gentes echaban en ella sus limosnas. Los fariseos

(1) Job. VII, 1.

(2) II. Corinth., IV, 17.

(3) Marc., XII, 43; Luc., XXI, 3;
II. Corinth., VIII, 2-3.

y personajes más distinguidos echaban grandes cantidades; llegó entre ellos una viuda pobre y depositó una pequeña moneda que constituía todo su caudal: OMNIA QUÆ HABUIT. ¡Qué elogio hizo Jesucristo de esta pequeña ofrenda! *En verdad os digo*—exclamó dirigiéndose á sus discípulos,—*en verdad os digo, que esta pobre viuda ha ofrecido más que todos.* ¿Cómo se entiende esto? Cualquiera de los que entraban en el templo había ofrecido más que esta pobre mujer que sólo echó dos céntimos, y no obstante Jesucristo afirma que ella sola ofreció más que todos? Es que los otros dieron algo de lo que les sobraba; pero esta pobrecita, en su afán de hacer limosna, dió lo poco que tenía y quizá la hacía falta; es que los otros ofrecieron sus limosnas sin afecto interior, y esta pobre la ofreció con todo el amor de su alma; porque Dios no aprecia las obras de piedad por su valor é importancia, sino por la caridad y afecto de la voluntad con que se hacen (1). Y obrar de este modo reúne otra ventaja apreciable para nuestras almas, porque constituye un caudaloso y perenne manantial de gracias y favores divinos que ha de colmarnos de consuelo en la hora de la muerte.

Escuchad lo que se cuenta de un hermano ropero de la Compañía de Jesús. Llamábase éste Juan de Soto, y estando enfermo de gravedad, pidió una aguja que tenía puesta en un agujero de la pared. Pensaban los presentes que desvariaba; mas él, muy señor de sí, dijo: «No deliro, que en mí estoy, gracias á Dios; denme por amor de su divina Majestad lo que pido»; y dándole la aguja, la tomó en la mano diciendo: «Esta me ha de ser á mí la llave del cielo; con esta llave tengo que abrir las puertas del Paraíso; y así con ella quiero morir, porque con ella he de requerir á Cristo mi Redentor, porque no he hecho cosa con esta aguja que no

(1) Matth., VI, 22; Luc., XI, 34.

»haya sido por amor de Dios, ni dado una puntada que no »fuese para agradarle, y de la misma manera como si hubiese »se de vestir á Jesucristo». Pero no sólo premia Dios la recta intención en la otra vida, sino en ésta con muchas gracias y favores. Al santo hermano Alonso Rodríguez, que era portero de un colegio de la Compañía, porque siempre que abría la puerta lo hacía como si abriese á Jesucristo, vió muchas veces entrar por ella al mismo Señor (1). ¿Cuál es, pues, Dios mío, el valor de la pureza de intención y de la caridad?... No lo ignora Satanás, y así se porta con nosotros como se portó Naás, rey de los Ammonitas, con los ciudadanos de Jabes de Galaad. Concluyo con este ejemplo:

Refiérese en el libro primero de los Reyes (2), que Naás, rey de los Ammonitas, tenía sitiados á los habitantes de Jabes de Galaad: éstos, no pudiendo resistirse por más tiempo, trataron de hacer alianza con el rey, y así se lo manifestaron; y respondió éste: *La alianza que haré con vosotros será sacaros á todos el ojo derecho*. Dijo esto con el fin de inutilizarlos para la guerra, porque cubrían el ojo izquierdo con el escudo, y así nada podía temer de ellos en lo sucesivo. Pues esto precisamente hace el demonio con nosotros, esto pide, con esto se contenta. Nada le importa que frecuentemos los santos Sacramentos, que nos ejercitemos en actos de humildad, de caridad y de misericordia los más heroicos, que distribuyamos toda nuestra hacienda entre pobres, que martiricemos nuestro cuerpo con inauditas penitencias; sin cuidado le tiene todo esto, mientras logre apoderarse «del ojo derecho de la rectitud de intención», pues en este caso quedaríamos fuera de combate, inútiles para la guerra con el infierno y despojados del mérito de todas nuestras obras, por

(1) P. Nieremberg. Vida divina, cap. 18.

(2) I. Reg., XI, 2.

buenas y heroicas que fuesen. Ya veis si conviene vivir apercebidos para no ser víctimas de un enemigo, tanto más temible y cruel cuanto es más lisonjero con nuestra viciada naturaleza.

Para triunfar de su astucia, procuremos hacerlo todo por amor. Que no haya movimiento de nuestra vida, ni ocupación de nuestro estado sin ese divino sello. Al comenzar y al acabar cada obra, y durante toda ella, al comer, al leer, al trabajar manualmente, al descansar, al esparcir el ánimo en lícita recreación, y sobre todo al padecer, sea el amor á toda hora, en toda ocasión, principio y motivo de todos nuestros actos; de manera que pueda decirse de nosotros, con la debida proporción, lo que de nuestro adorable Redentor Jesucristo decían las gentes: BENE OMNIA FECIT (1). *Todo lo hizo bien*. Dichosos nosotros, si merecemos este elogio después de nuestra muerte, porque esta palabra, este adverbio «bien» incluye todos los bienes y el mayor de todos, que estriba en la vista clara de Dios en la gloria por toda la eternidad (2).

(1) Marc., VII, 37; Génes., I, 31; Eccli., XXXIX, 21; Joann., X, 38.

(2) Isai., III, 10; I. Corinth., XIII, 12; I. Joann., III, 2.

